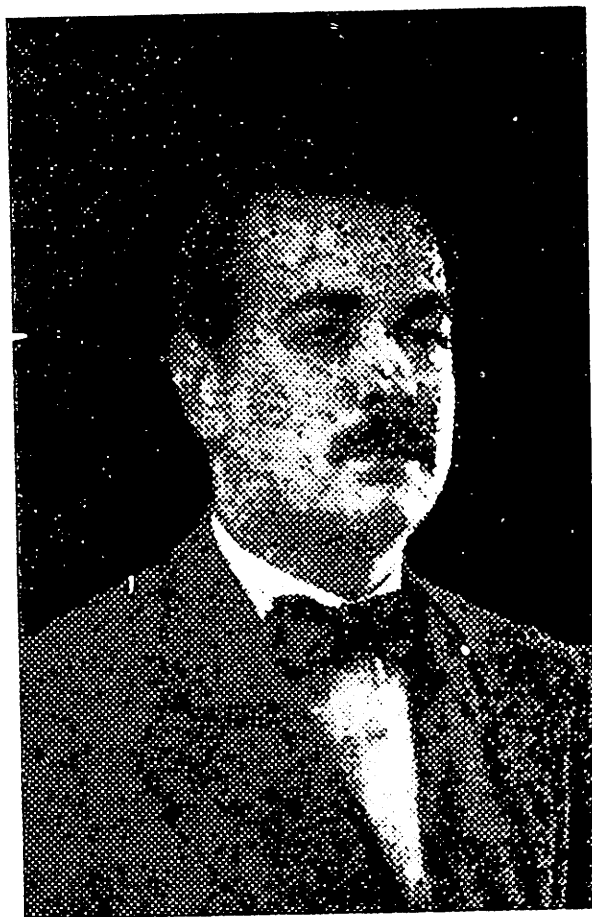


UN DÍA  
DE  
**JORGE LUIS BORGES**  
Miguel de Torre y Borges



*SEGUNDA EDICIÓN / BUENOS AIRES / 1995*

A LOS AMIGOS BORGEANOS  
ALBERTO CASARES  
Y FERNANDO SORRENTINO

Primera edición (doscientos ejemplares numerados): 24  
de agosto de 1989.

REPRODUCIDO EN

Suplemento Cultural de *La Prensa*, Buenos Aires, 20 de agosto de  
1989.

*Condados de Niebla*, números 11 y 12, Huelva, 1991.

*El País Cultural*, Montevideo, 21 de agosto de 1992.

*The New Yorker*, New York, 12 de abril de 1993. ("Jorge Luis  
Borges: A Day in the Life", traducción de Donald A. Yates.)

Jorge Luis Borges, *Destino e obra de Camões*, seguido de "Um dia  
de Jorge Luis Borges", Edições do Tâmega, Amarante, sep-  
tiembre de 1993. (Traducción de Miguel Viqueira.)

Segunda edición, revisada y ampliada: 1 de marzo de 1995.

© Miguel de Torre y Borges.  
Las Heras 2279,  
1127 Buenos Aires,  
República Argentina.

*Yo soy un hombre más o menos  
enlutado que viaja en tramway y  
que elige calles desmanteladas  
para pasear, pero me parece bien  
que haya coches y automóviles y  
una calle Florida con vidrieras  
resplandecientes.*

1928

*El Ulises (nadie lo ignora) es la  
historia de un solo día, en el  
perímetro de una sola ciudad.*

1941

*[...] huyo hacia el Sur por arrabales últimos.  
[...] Ya el primer golpe,  
ya el duro hierro que me raja el pecho,  
el íntimo cuchillo en la garganta.*

1943

To Professor Per Aage  
Brandt, with the  
compliments of

Miguel de Torre Brzes

Buenos Aires, junio de 1995

ESE DÍA, digamos un miércoles de la primavera de 1944, se “recordó” a las ocho. Había dormido pasablemente bien; varias veces las campanadas de la Torre de los Ingleses habían sonado sin que él las oyera. *Los encorvados tirantes de enorme fierro\** del insomnio esta-

\*Lo subrayado son citas textuales de J. L. B., extraídas de sus libros, artículos sueltos, entrevistas y correspondencia.

ban quedando atrás. Esther, la antigua sirvienta italiana, abrió las persianas —que daban a un balcón sobre Maipú— y dejó en el escritorio sin curvas de madera oscura, que tenía un cajón grande y tres laterales más chicos, una bandeja con un tazón de café con leche, nada más. Con los pies afuera de la cama estrecha de bronce, sentado, tomó despacio el desayuno “bebido” y recorrió con la mirada su cuarto, que en realidad no era un dormitorio, sino el comedor del *breve departamento*, separado del living por puertas corredizas, que siempre estuvieron cerradas. Vio los muebles: aparte de la mesa y la cama había dos bibliotecas Thompson con cinco estantes cada una, una vieja silla de madera pintada de gris, cuyo asiento estaba tapizado con una “Dame à la licorne” bordada por mi madre, dos acuarelas de Xul Solar\* y una despiadada litografía norteamericana que mostraba a un prisionero aterrorizado, de rodillas, las ma-

\**Tlaloc, dios Lluvi de México* (1923) y un paisaje fantástico, *San Monte lejos* (1938), con el marco realizado por el propio pintor. En 1940 mi tío le había comprado una de ellas, a un precio simbólico —fue una de las primeras ventas de Xul Solar—, y de yapa le regaló la otra.

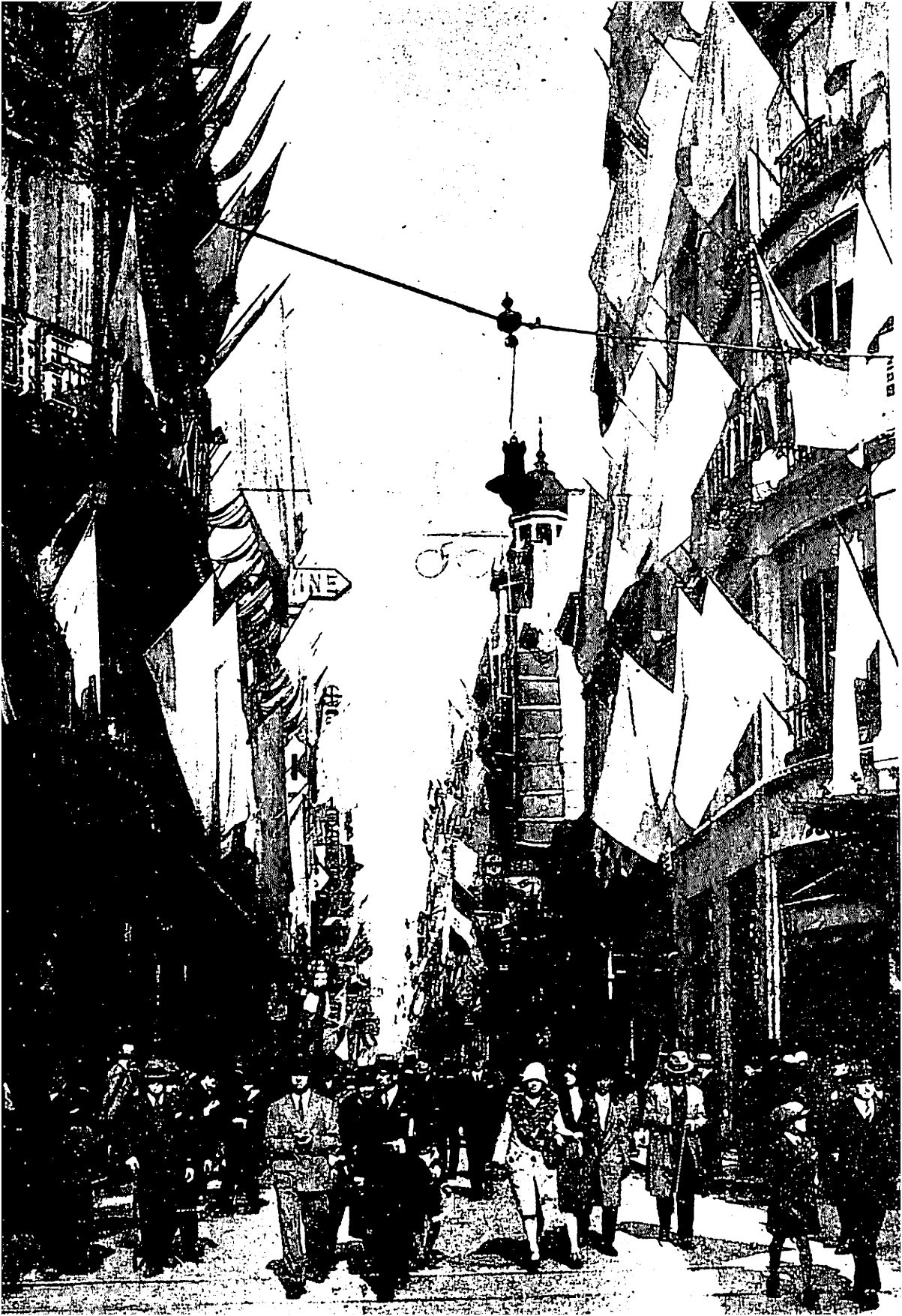


nos atadas a la espalda y una piedra al cuello, a punto de ser arrojado al río por unos hombres armados, que bien podría haber ilustrado el *ejercicio de prosa narrativa* "El asesino desinteresado Bill Harrigan". Y sobre la mesa estaban una sobada carpeta de cuero con papel secante, una lámpara de brazo flexible y un ejemplar descabalado de la primera edición (1927) del *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, por la Real Academia. Fue al cuarto de baño, mezcló el agua hasta que la encontró suficientemente caliente, esperó que se llenara la bañera y entonces se sumergió largo rato, el dorso contra el fondo: *Acuérdate de Borges, tu nadador, tu amigo. / No faltes a mis labios en el postrer momento*. Envuelto en una *robe de chambre* de toalla volvió al cuarto y se vistió con la ropa ya dispuesta por su madre la noche anterior. Trabajosamente empezó a ponerse las medias (para facilitarle la cosa, preparadas al revés, con el talón vuelto hacia abajo), y después abrochó las ligas que las sujetaban a la pantorrilla, sabiendo que cada día algo bastante más complicado lo esperaba: el nudo de la corbata. De pie, frente a ningún espejo, abotonó la camisa, le levantó el cuello, pasó la corbata alrededor y la anudó





por delante dejando caer las puntas sobre la pechera... pero la punta estrecha colgaba mucho más que la ancha. Repitió la operación; ahora era la punta ancha la que pendía desproporcionadamente. Hizo y deshizo unas cuantas veces el lazo desigual hasta que el resultado lo conformó: la punta ancha afortunadamente tapaba a la estrecha, que colgaba apenas más arriba. Ya sosegado, bajó el cuello de la camisa y ajustó con un tirón el nudo, aunque sin centrarlo. No poseía más de tres, o quizá dos, trajes muy andados —escrutinio que ignoraba y que tampoco le hubiera interesado—, con bolsas en los pantalones a la altura de las rodillas (al sentarse nunca les acomodaba las piernas), y se vestía en esos años con ciertos toques personalísimos: metía los faldones de la camisa abajo del calzoncillo, se abrochaba los tres botones del saco, con lo que parecía fajado, y llevaba una lapicera fuente prendida del bolsillo exterior. (“Caracterizado” de esa manera y haciendo espaldas en el gomero de la Recoleta lo fotografiaría Gisèle Freund.) Marcó un número y habló diez minutos en voz muy baja, aunque insinuante y vehemente, con la mano en la bocina del teléfono. Levantó la tapa de vidrio del primer estante de la biblio-



teca colocada cerca de la cabecera de su cama, sacó el primer tomo de *The Works of the Late Edgar A. Poe* (New York, 1850), lo abrió entre la tapa y la primera página, extrajo un papel de 10 pesos y lo metió, doblado, en una gran billetera de cuero negro, que guardó en el bolsillo interno del saco. Buscó *La Nación* —ya leída por mi abuela—, la tomó con la punta de los dedos, la colocó bajo la axila izquierda y, tieso, bajó del sexto piso a la calle y cruzó a la Plaza San Martín, donde alzó el brazo dejando caer el diario sobre un banco. Ya libre de la carga caminó por Florida hasta la peluquería en la esquina de Viamonte; allí, mientras el barbero lo afeitaba, *el íntimo cuchillo en la garganta*, y le hablaba de fútbol y de política (Hitler, Sarlanga, el coronel Perón), él armaba un poema: *Zumban las balas en la tarde última. / Hay viento y hay cenizas en el viento, / se dispersan el día y la batalla / deforme, y la victoria es de los otros...* Por Florida siguió hasta Cangallo, dobló y entró en *la librería inglesa de Mitchell*. El solícito vendedor, que nunca llegó a conocer sus gustos, le ofreció obras de química y de golf, recién recibidas. Solo, recorrió los estantes y las mesas hasta el sótano, lo hojeó todo y

compró *They Were Seven* de Eden Phillpotts, con el propósito, si le gustaba, de hacerlo traducir y publicarlo en El Séptimo Círculo, una colección de novelas policiacas que se estaba abriendo camino. Entonces sí, después de ver la hora en el reloj Movado de esfera marrón con números romanos —regalo de Navidad de Adolfo Bioy Casares, que yo conservo—, con el libro firmemente empuñado en la mano derecha, caminando ligero por Florida hasta Paraguay, volvió a la casa, no sin antes comprar en una agencia un número cualquiera de la lotería. Apenas llegado guardó el billete entre las páginas de un libro tomado al azar y se acomodó en un sillón delliving —la espalda apoyada en un brazo y las piernas cruzadas colgando del otro— a leer velozmente el primer capítulo de la novela de Phillpotts. Por fin, se sentó a su mesa. Largo rato escribió laboriosamente con la estilográfica en las hojas cuadriculadas de un cuaderno Lanceros Argentinos (o un Avon anillado), y consultó varias veces la *Britannica*, hasta quedar satisfecho con la enumeración caótica: *...vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran*

... de las maravillas de America, vi en el ...  
 ... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

casa, vi en Tauriscana a una mujer que se olvidada, vi en otros sueños, en piel, vi una lista  
 de agua, la violata rubellana, el otro sueño, vi

... en el ...  
 ... de ...  
 ... de ...

... de ...  
 ... de ...

... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

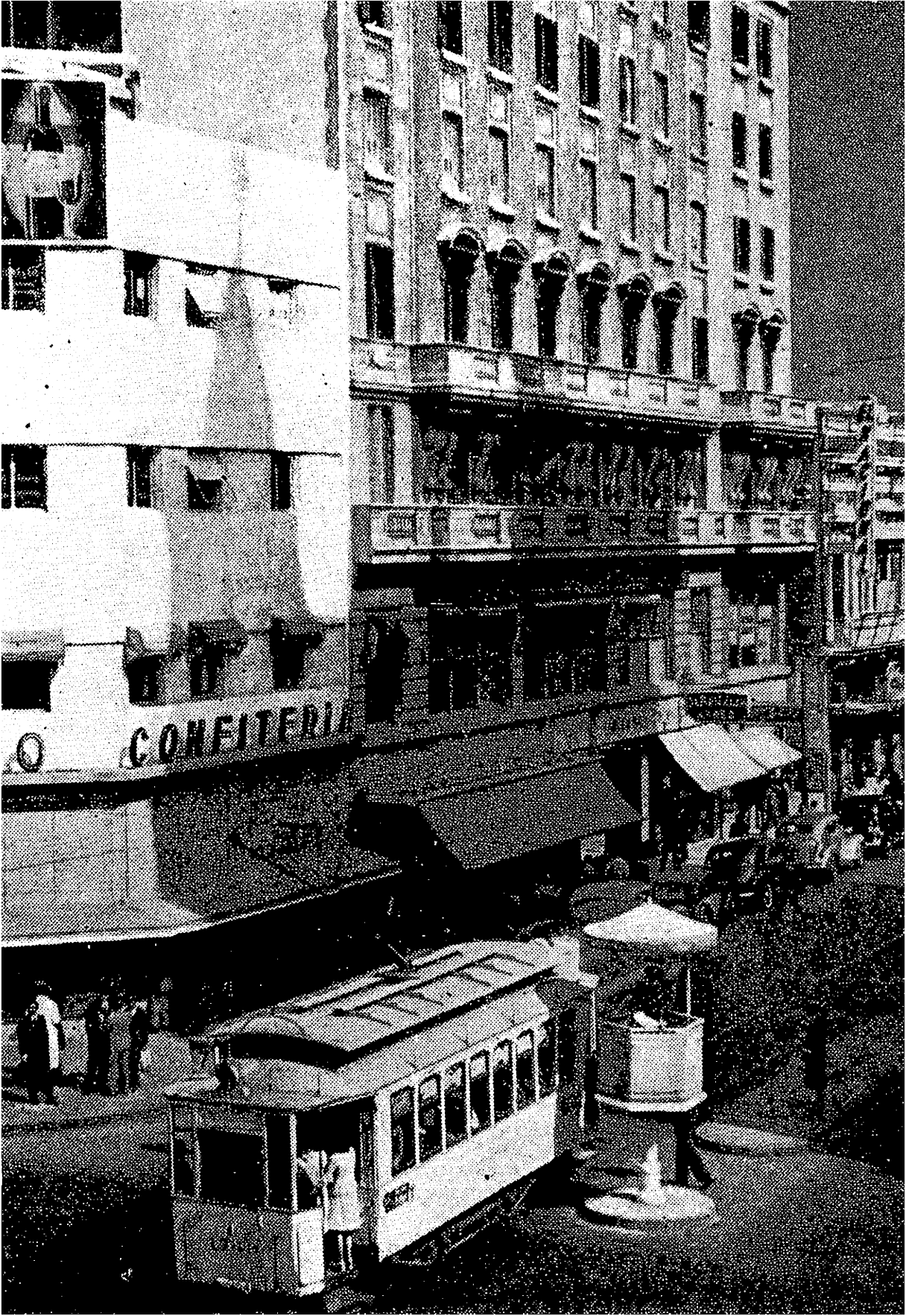
... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

... de ...  
 ... de ...  
 ... de ...

en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales... Había terminado de releer la página cubierta de sus negras tachaduras, sus peculiares símbolos tipográficos y su letra de insecto, cuando la madre lo llamó para almorzar. Comieron frugalmente una sopa de cabellos de ángel, bifés "bien hechos" con ensalada de lechuga y tomate con perejil, de postre queso y dulce de membrillo; tomaron agua fresca de la canilla y una tacita de peperina al final. Se levantó de la mesa y apartó el libro para el largo viaje de casi una hora que lo esperaba —así, en el trayecto de ida y de vuelta, ya había leído o releído una edición en italiano y en inglés de la *Divina Comedia*, la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, el *Orlando furioso*, las obras de León Bloy, Paul Groussac, Bernard Shaw, Paul Claudel...—; ahora

estaba con el décimo y último tomo de la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López. Sentado en el piso del living con las piernas cruzadas, frente a otra Thompson donde en los dos primeros estantes se alineaba la *Encyclopædia Britannica* —la undécima edición, comprada de segunda mano en el veintinueve, *uno de mis paraísos perdidos*—, hizo las últimas consultas, pasando de un artículo a otro con gran rapidez. Mi abuela le empapó el pañuelo (hecho siempre una pelota en el bolsillo lateral del pantalón) y la cabeza con agua de Colonia que volcó de un antiguo frasco de cristal con tapón de plata labrada, le arregló el pelo con un cepillo y con un peine de metal y lo acompañó hasta el ascensor, donde se despidieron. Esperó en una esquina, no lejos de su casa, subió al tranvía 7, se sentó —ya resignado a combinar la música de las palabras con el traqueteo del coche— y abrió el libro, aunque el oculista le había advertido el peligro que corrían sus ojos disminuidos si leía con poca luz y en un vehículo andando. De vez en cuando, mientras “el 7” se internaba en el sudoeste, *porque Buenos Aires es hondo*, levantaba la vista y verificaba con invariable complacencia —aunque ya llevaba siete años





cumpliendo el mismo camino— las casas viejas con sus zaguanes y sus patios, *el fierro minucioso de sus cancelas*, los pasajes, *una tapia celeste*, los conventillos, *unos leones de mampostería en un portón de la calle Jujuy*, a *unas cuadras del Once*, los baldíos, los llamadores y hasta las modernas y curiosas fachadas Art déco. Al llegar a la página 386 de la Historia de López: “No contaba Molina con las fuerzas que el coronel don Isidoro Suárez mandaba en el norte. Ese brillante jefe de caballería había substituido al coronel Pacheco en el mando de la frontera...”, sintió que a él, leyendo la mención a su bisabuelo Suárez, también (como a Francisco Narciso de Laprida) le *endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto* y, conmovido, suspendió la lectura unos instantes.\* Pero estaba llegando al término, bajó del tranvía, “caminoteó” nueve

\*Y días pasados, releendo y revisando *Recuerdos de Provincia*, otra satisfacción: “... aquella juventud argentina que habían visto representada en la guerra por Necochea, Lavalle, Suarez, Pringles i tantos calaveras brillantes, los primeros en las batallas, los primeros para con las damas, i si el caso se presentaba, nunca los postreros en los duelos, la orjía y en las disipaciones juveniles”.

cuadras y entró en la Biblioteca Municipal Miguel Cané, donde *desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero*. (Dos años más adelante, por un *brusco avatar administrativo, me ordenaron que prestara servicios en la policía municipal*.) Se sentó a su escritorio y acometió lo que ya se le había vuelto una tarea stupidizadora: clasificar morosamente no más de cien obras por día, para no dejar al descubierto la cultivada haraganería de sus compañeros de trabajo. Después, con la intención de aislarse del opresivo ambiente de pesadilla, y, como el buen tiempo lo permitía —en otro caso se hubiera refugiado en el sótano, donde, justamente, había escrito: *La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible* y donde, también, había traducido *en las tardes inútiles* a Gide, a Virginia Woolf, a Henri Michaux, a Faulkner...—, subió a la azotea a releer *El castillo* en la lengua original. Al oscurecer bajó, se acercó a las estanterías y acarició con amor los lomos de los volúmenes, cuya ubicación conocía ya de memoria; tanto era así, que hubiera podido localizarlos aun con los ojos cerrados. Y miró atrás de los libros en busca de *El volumen caído que*

*los otros / Ocultan en la hondura del estante  
/ Y que los días y las noches cubren / De lento  
polvo silencioso. Salió a la vereda y caminó  
hasta el almacén de la vuelta, en Muñiz y  
Estados Unidos, canturriando *El carrero y el  
cochero* de Villoldo. Y marcaba unos pasos de  
milonga, mientras pronunciaba nasalmente las  
palabras de la letra y cambiaba la voz para  
cada personaje:*

tranquay /

Venía un coche por Defensa  
del ~~tren~~ vía Anglo Argentino  
y en la mitad del camino  
encuentra un carro encajado.  
¡Compañero, hágase a un lao!  
dice al del carro el cochero  
y le responde el carrero:  
¡Avisé si es comisario  
o si lo han nombrado alcalde  
o se cree que soy otario!  
¿No está viendo como está  
la rueda toda encajada?  
y con carga tan pesada  
no me puedo ni mover.  
Si no vienen a poner  
una cuarta, todo el día  
estará el carro en la vía  
y el cochero, ya enojao  
le contesta: ¡dos biabazos te pondría por pesao!



Al oír lo de los biabazos  
el carrero retobao  
pelando un amojosao  
baja del carro ligero  
lo desafía al cochero  
a que cumpla lo que ha dicho.  
El cochero, que es bien dicho  
pelando una tararira  
baja del coche y con rabia  
dos puñaladas le tira.

El carrero, que de vista  
se ataja las puñaladas  
y a las dos o tres paradas  
le larga un viaje al cochero  
que si éste no es tan ligero  
y en el aire lo abaraja  
media barriga le raja  
como sandía costera  
y le saca sin permiso los chinchulines afuera.

.....

Se acodó en el estaño, donde *había un enorme gato que se dejaba acariciar por la gente, como un divinidad desdeñosa*, y pidió una ginebra, que apuró de un trago. Otras veces tomaba un guindado oriental, o una caña de naranja, o hasta un vermut con aceitunas, aunque lo que le sirvieran nunca le importó demasiado. En

él, los años, el desgano y la soledad fomentaron ese criollismo algo voluntario, pero nunca ostentoso de entrar en un boliche y tomar algo. Por Estados Unidos, avenida La Plata y Carlos Calvo completó la vuelta a la manzana y volvió al empleo. Al rato pasó a buscarlo una amiga suya, hecho que ocurría con frecuencia y que llamaba la atención de los otros empleados —eran casi medio centenar—, especialmente de las mujeres, porque quienes se llegaban a esa *biblioteca ilegible de los arrabales del Sur* eran a veces señoras elegantemente vestidas, muy perfumadas, y que además aparecían retratadas en *El Hogar*. Aparte de esta contradicción entre las damas paquetas y el humilde empleado municipal, otro sucedido había despertado la curiosidad de sus compañeros. Cierta día uno de ellos, Bogdano (apodado “el Rufián”), encontró, en la página 411 del tomo II del Apéndice de 1931 de la Espasa\*, un artículo con una fotografía —ésta mostraba a toda una personalidad, con bigotes y moñito— sobre un tal Jorge Luis Borges,

\*Puede consultarse en la librería porteña de Alberto Casares.

BORGES (JORGE LUIS). *Biog.* Poeta y literato argentino, n. en Buenos Aires en 1899. Hijo del doctor Jorge Borges, estudió en Ginebra durante la guerra, y terminada ésta recorrió con su familia Inglaterra, Francia, Suiza, Portugal y España (1918), donde comenzó su actividad literaria. En Madrid permaneció bastante tiempo y allí asistió a las reuniones de escritores y artistas, regresando a su patria en 1921. En 1923 se impuso al mundo literario con su libro *Fervor de Buenos Aires*, obra ultraísta, penetrante e incisiva, aunque le falta la elegancia del ritmo, lo que no es obstáculo para que se encuentren bellas imágenes



Jorge Luis Borges

y significativas metáforas. Como prosista y crítico, BORGES tiene todas las características de nuestro siglo, dinámico por excelencia. Todo es sintético en él, y sus juicios no dejan de tener un valor real y dura-

“poeta y literato argentino”, y comentó con él la coincidencia de que existieran dos individuos con el mismo nombre... Mi tío aclaró que el de la enciclopedia y él eran la misma persona, pero nadie le creyó.\* Tomaron un tran-

\*La otra versión —seguramente la histórica: se ajusta mejor con su *sólida desdicha* de entonces— dice que,



vía y volvieron al centro, fueron a un cine de la calle Lavalle y después, en subterráneo, al restaurant de la estación Retiro, donde comieron jamón con melón, pejerrey con papas y arroz con leche, regado con vino tinto, mientras charlaban y reían muy animadamente. Acompañó a su amiga hasta la casa y volvió caminando, antes de medianoche, a la suya. Antes de poner la llave en la cerradura palpó la placa de bronce atornillada a la puerta, donde se leía BORGES, la misma placa que había estado en la entrada del piso ginebrino de la rue Malagnou, durante la Gran Guerra. Como siempre, su madre estaba esperándolo, ya acostada y leyendo, ese día, Dickens. Él se sentó a su lado, en el sillón *seesaw*, y habló... *Espero que la grippe te haya olvidado. Madre: vi un film mediocre, pero que me conmovió y que me gustaría rever con vos: "Marie Louise", tomado en los cantones centrales de Suiza, con cielos, nubes y montañas enternecedoras. Hablando de montañas ¿cómo anda "The Tree*

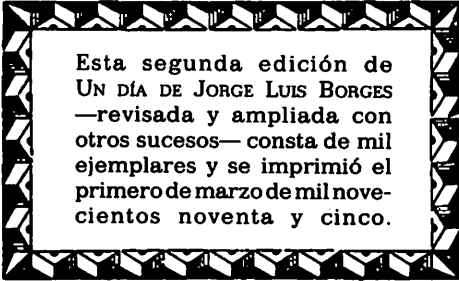
---

por orgullo, negó cualquier conexión. Elegí el primer relato porque ahí lo percibo sereno y combativo, menos torturado.

*of Life*” de Machen? Mandie ya está ilustrándolo. Mañana iré a lo de Ortiz Basualdo; se discutirá el destino de la revista, no demasiado claro, por cierto. Adolfo y Silvina volvieron de la estancia; casi todas las noches trabajaremos en el film. Estamos ya en lo bravo, en los diálogos y en las indicaciones de las imágenes. Adelantamos con lentitud, pero vamos conociendo mejor a los personajes. Ya establecido el argumento, lo demás es mecánico. Lo importante es el hallazgo de continuas y pequeñas sorpresas y simetrías. Hablando de films, vi noches pasadas uno mediocre, pero eficaz, de sentimentalismo escocés —“Los verdes años”— en el que trabaja un chico bastante parecido a [aquí me nombré] Miguelete. Concluyo en estos días la redacción de un largo (para mí) relato fantástico. Cada día escribo mi página y pico... La madre y el hijo se despidieron hasta el otro día. Entró en su cuarto, se desnudó y se “encajó” el largo camisón blanco, igual al que llevaba cuando era chico, igual al que seguiría usando toda su vida. Se metió en la cama y leyó, tendido, un buen rato, alumbrado por la escasa luz indirecta que llegaba desde el techo. Cerró el libro, se levantó y comprobó en las bibliotecas



que los títulos en los lomos de los volúmenes estuvieran hacia arriba —en los ingleses al revés—, para no encontrar, a la mañana siguiente, las letras de las páginas caídas, como pasa en los libros que duermen cabeza abajo. Apagó la luz, le dio cuerda al reloj, una vuelta atrás, otra adelante, se acostó de espaldas con los brazos pegados al cuerpo, y murmuró lo aprendido de la abuela inglesa, saboreando cada palabra: “Our Father, which art in heaven, Hallowed be thy Name. Thy kingdom come. Thy will be done, in earth as it is in heaven...”.



Esta segunda edición de  
UN DÍA DE JORGE LUIS BORGES  
—revisada y ampliada con  
otros sucesos— consta de mil  
ejemplares y se imprimió el  
primero de marzo de mil nove-  
cientos noventa y cinco.

